

José María Pumarino

El Error de Dios



*Si exiges respuestas,
soporta verdades...*

COLECCIÓN

JOSÉ MARÍA

PUMARINO

ENTRE MUSAS Y DEMONIOS

Primera edición: Noviembre de 2020

© Copyright de la obra: José María Pumarino

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

josemaria@pumarino.com

ISBN: 978-84-122606-8-7

ISBN digital: 978-84-122606-9-4

Diseño: Annylú Mercado Fonseca

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

El error De Dios

José María Pumarino

Gracias Cora

Entonces dijo Dios: hagamos al Hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...

(Génesis 1:26)

Un ensordecedor zumbido se quedó inserto en los oídos del padre Facundo después de la detonación, como si un insecto se hubiera atorado en cada uno de ellos y sólo pudiera escuchar su desesperado aleteo. La nariz se le constipó con el olor a pólvora quemada. Su rostro y ropa, salpicados de sangre. No lo vio venir. Cada segundo comenzó a transcurrir ante sus ojos en cámara lenta, sintiéndose ajeno al paisaje. Incluso creyó estar en la pesadilla de otro, mientras escuchaba un eco burlándose de él...

—Si es usted tan chingón, resucítelo otra vez...

*

En “Las Puertas del Cielo” el ambiente entero era una bolsa de sentimientos calientes a punto de reventar. Las cartas en las manos, el dinero sobre la mesa. Ocho personas reunidas y sólo dos continuaban jugando. Los demás, trémulos, expectantes.

—Pago... y va mi resto.

—Va...

—¿Cuántas?

—Una.

—Yo dos.

Los naipes se pasearon entre las manos; la adrenalina por los cuerpos. Cada uno retejó su juego mientras la concurrencia olfateaba la veleidad de la suerte. Facundo, seguro de que la caprichosa fortuna por fin se había dado cuenta que él existía, no podía ocultar su confianza. En su turno, sobre la mesa mostró su póquer de reyes. Para los presentes fue como si recibieran una patada en la entrepierna, demostrándolo sin pudor, mientras un mustio “¡chingue su madre!” se escuchó en algún

lugar del cuarto. Pero don Octaviano no se inmutó; es más, sonrió maliciosamente antes de mostrar su juego. Póquer de ases. Sus compinches, eufóricos, no tuvieron ningún recato al mostrar su alegría mientras Facundo se llevaba ambas manos a la cabeza en señal de absoluta consternación. Había perdido y no tenía con qué pagar. Obviamente, era el único que estaba enterado de ese pequeño detalle, aunque no por mucho tiempo.

En los albores del amanecer, después de dos horas de ardua caminata, Facundo llegó exhausto a San Juan arrastrando su frustración. A unos metros de la parroquia divisó un bulto justo al pie de la puerta, al acercarse, se dio cuenta que el bulto tenía vida y, además, olía a alcohol: era Pascasio.

—Pinche borracho —masculló Facundo cuando intentó despertarlo después de realizar un escueto e inútil esfuerzo por moverlo. Ahí lo dejó.

Dentro del confesionario, el Padre Facundo pagaba caro su cruda. Mientras le escupían encima cientos de pecados que no le interesaban, repartía bendiciones y penitencias sin fijarse a veces de quién se trataba. Ni uno más, el padre Facundo decidió que por ese día ya no se perdonarían mas pecados. Pero en ese instante, al otro lado de la cabina de madera, ya se encontraba arrodillado Silverio, sólo para recordarle, en sus escasas palabras, la deuda que no había olvidado y que tenía hasta el próximo sábado para liquidarla. Le dijo también, a manera de consejo al percibir su malestar, que a esas alturas ya debería estar consciente de que era más fácil que él resucitara a un cristiano, a que su patrón perdonara una deuda de juego.

Silverio se marchó, el padre Facundo le mentó la madre (mentalmente) quedándose un largo rato recordando la última jugada de la noche anterior. Al salir del confesionario vio a Pepe, aún con su atuendo de monaguillo, de rodillas, concentrado en torturar a una araña a la que le estaba arrancando, de una en una, todas sus patas.

—Deja en paz a ese pobre animal —le dijo al mismo tiempo que lo levantaba por el brazo. El chamaco hizo caso siguiendo al padre Facundo, quien se sintió confiado y dejó de mortificarse por sus deudas de juego. Los festejos para el Santo Patrono estaban a unos días de distancia, en esas fechas, era cuando sus devotos feligreses se portaban más caritativos. No habría problema alguno para pagar. Subían las escaleras rumbo al despacho cuando Pepe se regresó corriendo a donde había dejado al arácnido mutilado, lo aplastó de un pisotón y volvió a toda velocidad con el padre.

Mientras la iglesia se llenaba poco a poco, religiosamente, como cada tercer día a esas horas, el padre Facundo estaba enredado entre las piernas y los brazos de Teresa. Cuando ambos explotaron en un intenso orgasmo, Teresa mordió el hombro del sacerdote para no gritar al sentir que su alma se le desprendía del cuerpo. Facundo apretó

los dientes al sentir las uñas de Teresa clavándose en sus nalgas.

El padre Facundo se levantó de prisa, comenzando a vestirse antes de que sus palpitaciones se regularizaran. Como siempre, después de expulsar el deseo del cuerpo, le entraba la urgencia por irse.

—Se me hace tarde, tengo que dar misa —se excusó antes de salir. Teresa lo miró marcharse, en silencio, extasiada, sintiéndose afortunada de que ese hombre de Dios hubiera logrado, una vez más, apagar el trozo de infierno que le ardía por dentro. Sonreía.

Minutos más tarde, el padre Facundo entraba a la iglesia viendo de reojo a todos los feligreses que se ponían de pie a su llegada. Desde el púlpito observó disimuladamente cuando Teresa entró apurada, sentándose mustiamente al lado de don Piginito, su marido, el Presidente Municipal de San Juan.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... —todos se persignaron al unísono, inició la misa, comenzó a llover.

Con las nubes rasgadas, la lluvia caía copiosamente sobre San Juan esa noche mientras el padre Facundo trataba inútilmente de concentrarse en un libro, ya que no podía dejar de observar de reojo a Pepe, quien sentado en el piso contemplaba atentamente la lluvia a través de la ventana. El chamaco, callado y de inteligencia precoz, siempre despertaba la curiosidad de Facundo, pues la mayor parte del tiempo se mantenía absorto en su propio mundo. Lo quería como si fuera su propio hijo, prácticamente lo era, pero a veces le intrigaba el darse cuenta que su mente se perdía en lugares muy lejanos. A punto estuvo de preguntarle en qué pensaba cuando escucharon a los perros ladrar desesperadamente, ahuyentando la tranquilidad de las calles. Por la ventana, la fugaz luz de los faros de un automóvil anunció la llegada de alguien. Los dos se hundieron en un mutismo expectante, no tenían idea de quién podría ser. Después de un par de minutos, cuando tocaron a la puerta, la mente del padre Facundo trabajó rápido y de más, mientras su conciencia

intranquila comenzó a masticarle el pecho. Tocaron otra vez, más fuerte.

—¿Voy a abrir? —preguntó vacilante Pepe, asomándose con sigilo por la ventana, alcanzando a distinguir la parte trasera de un vocho amarillo. Escucharon que Gudelia bajaba. No tuvieron que esperar mucho, a los pocos minutos el padre Facundo entreabría la puerta de su oficina.

—Lo buscan, padre —dijo Gudelia con la voz opacada por el sueño interrumpido

—¿Quién es? —la adormecida sirvienta solamente le repitió que tenía que bajar, antes de dar media vuelta para perderse en las sombras del pasillo.

Se puso su chamarra, del escritorio tomó un abrecartas guardándolo en una de sus bolsas (por lo que se pudiera ofrecer) y mandó a dormir a Pepe, ordenándole que se encerrara bajo llave. Entonces bajó, nervioso, a la defensiva. Al llegar al recibidor descubrió a un joven con la ropa mojada. Saludó lo más cordialmente que pudo en ese momento, sin poder ocultar su sorpresa al distinguir en él un alzacuellos.

El padre Federico había llegado a San Juan (después de andar perdido medio día) por instrucciones del Arzobispado para poner en orden, durante las fiestas, las magras cuentas económicas que se reportaban cada año. Para eso, se suponía que el padre Facundo ya debería estar enterado, pues le habían enviado un mail explicándole todo. Dijo que sí se acordaba, cuando en realidad lo único que recordó fue que desde hacía varias semanas no revisaba su correo.

Mientras se despedían, después de que Gudelia avisó que el cuarto de huéspedes estaba listo, el padre Facundo pensó unas diez razones para correrlo por la mañana. Gudelia escoltó al padre Federico a su habitación. En cuanto desaparecieron de la estancia, Facundo subió corriendo a su oficina. Tras buscar a conciencia en su computadora encontró en el buzón de “no deseados” un mail por parte de la Arquidiócesis, con fecha de dos semanas atrás. Después de leerlo dos veces se desplomó sobre el sillón.

—Mierda —musitó

Durante las primeras horas del día todo transcurrió normalmente, hasta que en el desayuno se apareció Federico. El padre Facundo tragaba con dificultad el bocado sin tener la certeza si le había caído del cielo o brotado del infierno, pero con la seguridad de que un auditor santurrón era lo que menos necesitaba en ese momento. Mientras desayunaban, le pidió al recién llegado que le explicara, a detalle, el motivo de su presencia. Arquidiócesis, Prelados, incluso hasta mencionó al Vaticano y al Sumo Pontífice en toda su desleída explicación de por qué se iban a llevar una gran tajada de su pastel. El padre Facundo lo dejó seguir hablando, aunque ya no lo escuchara y sólo lo viera mover los labios; no necesitaba ni quería saber más, ya había entendido lo primordial: tendría muchos problemas

Acerca del autor



José María Pumarino (México) publicó su primera novela en plena pubertad y desde entonces no ha dejado de escribir. *Ahora o nunca* (PNL), *Si de monos se trata* (técnicas de dibujo humorístico) *Por una mujer* y *Angels Inc.* novela que ha decidido llevar a la gran pantalla.

Guionista, productor y director, sigue inmerso en varios proyectos como la serie #DiarioDeUnaPelícula, su nuevo libro de relatos *Entre musas y demonios* y su cuarta novela *Un día conocí a la Locura*.

Su amplio abanico de seguidores y fans son la muestra de que José María Pumarino es mucho más que un escritor, es un gran creador de sentimientos y sensaciones.

Sigue sus redes sociales

<https://twitter.com/jmpumarino>

<https://www.facebook.com/jmpumarino>

https://www.youtube.com/channel/UCJ6Zyx-U8gQ8_OcUX6Eq3tw